

LA HABITACIÓN DE LAS NIÑAS



RAQUEL MORALEJA
LA HABITACIÓN DE LAS NIÑAS

Título: *La habitación de las niñas*.
Primera edición: noviembre 2023.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Raquel Moraleja.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Rosa Aguilera García (@besobelga)
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-126583-5-4
Depósito legal: AB 595-2023
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

Y dirán a las niñas:
*Mujer, algún día este dolor tampoco
te será útil.*

Pero habréis aprendido a soportarlo.
Rosa BERBEL, *Las niñas siempre dicen la verdad*

*Si esta historia tiene o no final feliz, depende por supuesto
de quién la lea. De si eres un lobo o una chica.
Una chica, un monstruo o ambos.
En un cuento no todos consiguen el final feliz.
No todos los que leen un cuento piensan lo mismo del final,
y si vuelves al principio y lo lees de nuevo,
quizá descubras que no se trata de la misma historia
que creías haber leído.
Las historias cambian de forma.
Lo mismo se puede decir también de las chicas.
Kelly LINK, *Magia para lectores**

*A mi madre,
a mi hermana,
a mi sobrina y
a mis amigas*

En la linde del bosque

*(...) que existe el canto del bosque entero,
donde residen infinidad de historias que jamás
se han escrito y acaso nunca se escribirán.*

Ana María MATUTE

*He oído un montón de historias sobre chicas como yo
y no me da ningún miedo alimentarlas.*

Carmen María MACHADO, *Su cuerpo y otras fiestas*

Érase una vez una chica y un bosque.

Ya sabes cómo termina esa clase de historias, ¿a que sí? Te las han contado cientos de veces, desde que eras bien pequeña. Primero fueron tus padres, sentados al borde de la cama con un libro abierto entre las manos, fabulando con seres alados, animales parlantes, muebles que se mueven, creyendo que espantaban las sombras de tus sueños cuando en realidad estaban abriendo la puerta a un mundo habitado por imposibles. Más tarde, en la escuela, te enseñaron a entrever moralejas aleccionadoras en esas crípticas historias sobre madrastras malvadas que encierran a sus hijas en lo alto de una torre, princesas maltratadas que acuden a bailes montadas en calabazas con ruedas, viejas caníbales que habitan en cabañas de

azúcar. Y cuando pensabas que ya eras mayor para olvidarte de esas historias, das un paso en la dirección equivocada y una voz vieja, viejísima, asoma y te susurra al oído: *esa historia ya la conoces*.

Todas las chicas las conocen. Cuentos de hadas, de viejas, de brujas, de ayas. Su lugar natural es junto al fuego, mientras se pelan las judías, mientras se abrillantan los cubiertos, mientras se teje el ajuar. Trama sobre trama para que no caigan en el olvido. Luego las historias se transforman —en oso polar, en fénix, en rana, en enebro— durante la larga travesía de aldeas a ciudades, de boca a oreja, de juglares a reyes, alejándose en la bodega de un barco o sobre las quijadas de un camello. Ya nunca serán las mismas historias, acomodadas a las costumbres, los miedos y las ilusiones de cada lugar, pero siempre hablarán de lo mismo.

La princesa es la más hermosa y el muchacho es el más valiente. La bruja debe morir. Los lobos no son de fiar. Y en el bosque, sea cual sea el bosque, se ocultan toda clase de criaturas extrañas y peligrosas.

Nunca, bajo ningún concepto, entres sola en el bosque.

Esto es lo que siempre te han contado. ¿Tengo o no tengo razón?

Entonces puede que esta otra historia no la conozcas. No ha sido tachada ni reescrita para acomodarse al gusto templado de nadie. No es un bálsamo para la conciencia frígida, pero tampoco es una advertencia. No es un sendero del que es peligroso salirse. Esta historia es lo que acecha fuera del camino trazado.

Como te iba contando: érase una vez una chica y un bosque. Esta chica es una chica cualquiera, y por eso lleva dentro de ella —mordiéndose una manzana, pinchándose con una rueda, malvendiendo su voz por un novio guapo— a todas las demás chicas del mundo. Este bosque es todos los bosques y el secreto exuberante y amenazador que guardan en su corazón.

Los árboles son altos y retorcidos, coronados por copas abultadas, puntiagudas y oscuras que apenas dejan pasar unos rayos moribundos de luz plateada. Hay pequeños animales que se mueven deprisa, musgo húmedo como terciopelo vistiéndolo las rocas, hongos y frutos de colores resplandecientes y ponzoñosos. Crujidos, rumores, graznidos y siseos. El bosque empieza justo donde la carretera gira de vuelta al núcleo urbano, con sus modernas cafeterías, las tiendas de ropa, de flores y de discos, la biblioteca, la comisaría de policía, el salón de apuestas y todo lo demás. Lejos, muy a las afueras, queda la linde del bosque, como un tajo recto y sangriento en la noche. A no más de diez minutos andando, también a las afueras, allí donde el terreno es más barato para que así se lo puedan permitir las familias menos afortunadas, se encuentra la residencia de estudiantes La Linde, chata, angosta y descascarillada, de cuyo cobijo, ya bien entrada la madrugada, se ha escapado la chica de esta historia.

Lo sé. Tranquila. Aún no te pongas nerviosa. Espera un poco más.

La chica camina sola y de forma apresurada. En realidad, no está del todo sola: un grupo de cabezas observa desde una de las ventanas apagadas de La Linde. Se intercambian pequeños vasos de alcohol, cigarros y billetes sucios. ¿Cuánto crees que aguantará? ¿Le pasará lo mismo que a aquella otra chica? ¿Se atreverá siquiera a acercarse? Otro par de cabezas la sigue de camino al bosque, ocultándose en la distancia, para cerciorarse de que después ella no intente contarles una mentira. La chica sabe que si no hace lo que le dicen le esperan unos años muy complicados, y le ha costado muchísimo llegar hasta allí.

Tienes que entrar, se dice a sí misma. Porque eso es lo que se hace en este bosque: entrar. Brota sin previo aviso como un enorme muro de espesura. Ella piensa en fortalezas sitiadas y castillos encantados. Avanza un par de pasos hacia la negrura y, sin apenas darse cuenta, ya está dentro. El bosque se ha

tragado la luz de las farolas y el runrún de la autopista. Un mundo escondido dentro de su mundo conocido.

¿Y ahora qué? La chica mira a su alrededor, pero el bosque no entiende de direcciones. Descubre un reguero de hojas pisoteadas trazando lo que podría considerarse un sendero. *Por ahí debieron de ir las otras*, piensa. Sus pies quieren echar a andar siguiendo las huellas invisibles de sus antecesoras, pero sabiendo lo que todas sabemos acerca de lo que les ocurrió a esas chicas... Quizás no sea tan buena idea seguir las, ¿no creéis?

Así que la chica de esta historia da media vuelta y toma un camino diferente.

Mientras se interna más y más en el estómago de los árboles, piensa en todas esas historias que a ella, al igual que a ti, le han contado desde que era una niña. Trasgos, ogros, duendes y hadas malévolas. Colmillos chorreantes. Humo putrefacto. Lagos hambrientos. Coches que te recogen en caminos rurales. Caramelos en la puerta del colegio. Callejones demasiado estrechos. Portales en penumbra. Hijas, hermanas y amigas esparcidas en bolsas de basura.

Lo único que necesita es encontrar un rincón seguro donde esperar a que pasen las horas. En cuanto amanezca, encontrará el camino de vuelta a la carretera, que está a su... su.... ¿Derecha? ¿Dejando la luna creciente a su espalda? ¿Hacia el sonido cristalino del riachuelo? Maldita sea, pero ¿cuánto tiempo lleva andando sin parar? La chica se ha puesto a pensar en todas esas horribles historias y no se ha dado cuenta de lo mucho que estaba internándose en el corazón del bosque. No sabe cómo volver. Perdida. Las lágrimas se le agolpan en los ojos porque sabe que no hay nada peor que eso: una chica perdida.

Cuando está a punto de darse por vencida sin remedio, percibe algo distinto abriéndose paso a través del miedo y del bosque. Un olor reconfortante. Una luz cálida a lo lejos.

Un arrullo. Y echa a andar en esa dirección, tropezando con montones de rocas, ramas y huesos olvidados.

Has acertado: la chica se topa con una cabaña en mitad de un claro del bosque. Ella es una buena chica, igual que tú. Conoce las historias tan bien como las conoces tú. Por eso sabe que debería darse la vuelta y echar a correr.

Seguro que ahora mismo estás pensando: *pero ¿qué diablos hace?* Algo la arrastra hacia el claro, cada vez más lejos del sendero que debería haber tomado. La chica zigzaguea con cuidado entre parterres de flores y pequeños huertos, directo hacia la cabaña.

Llama tres veces con los nudillos.

¿Quién va?

Solo una chica.

Segundos después, la puerta de la cabaña se abre de par en par y la chica exhala un suspiro, maravillada. Ella es antigua y muy poderosa, de una belleza titánica, pero lo más importante es que no se parece en nada a como siempre le habían contado que era.

Corta. Añade. Remueve. Embotella. Traza. Apunta. Humedece. Hilvana. Teje. Anuda. Enseña.

La chica entra y se queda para siempre.

Ya te había dicho que no conocías esta otra historia.

Juegos nocturnos

*Are the dead there
If we do not speak to them?*
Sharon OLDS, *The Dead and the Living*

Hay gente extraña en nuestra calle. Son extraños porque no sé quiénes son y mamá dice que cualquier desconocido es un extraño. Pero también son extraños porque parecen como sacados de una peli antigua y porque están haciendo cosas muy raras. Me miran desde el otro lado de la verja como si les sorprendiera verme dentro de mi propia casa. Ni saludan ni nada, solo miran. Luego se asoman al porche de al lado y miran. Levantan la cabeza hacia el agujero que ha dejado la luna y miran. Después siguen dando vueltas calle arriba, calle abajo, calle arriba, calle abajo. Eso es un comportamiento muy raro. Aunque bueno, si me paro a pensar en comportamientos raros, la verdad es que muchas personas que conozco son casi tan extrañas como ellos. El abuelo Tomás, por ejemplo. Antes de este invierno, cuando papá se murió de algo malo en la cabeza, yo ni siquiera sabía que existía. Ahora vive con mamá y conmigo. Está siempre con nosotras, en nuestra casa de la ciudad, donde vivimos durante casi todo el año, y también aquí, en la casa de la sierra que papá compró para que respirásemos aire puro durante las vacaciones. Así lo decía él,

jaire puro, chicas!, y respiraba fuerte y se le movían los pelillos de la nariz. Papá no era nada extraño, era genial. Otro muy raro es el loco de la laguna, así le llaman. Es un señor mayor, casi tan mayor como el abuelo Tomás. Siempre está dando tumbos por el parque al que papá, mamá y yo íbamos a dar de comer a los patos. Los mayores de la urbanización dicen que si le das una moneda se mete en el agua a chapotear entre los peces o se baja los pantalones y baila, según como le dé. Yo nunca le he visto hacer esas cosas, solo sé lo que cuentan los mayores, pero mamá dice que muchas de las cosas que cuentan son mentira. También es muy extraña Aday, la niña que vive un par de casas a nuestra derecha. Nunca se baña en la piscina con los demás. Siempre lleva puesto uno de esos vestidos horrorosos de flores que le cubren toda la piel del cuerpo, desde el cuello hasta los tobillos, como si fuese un vampiro al que no le puede dar el sol. Se sienta sola en una esquina de la piscina y moja los dedos de los pies en el agua fría y azul. Nadie ha visto nunca a su madre. A veces se la oye tararear mientras poda las plantas del jardín y alimenta a los millones de pájaros que tiene encerrados en jaulas. Algunas mañanas, cuando me despierto temprano y aún no hay nadie hablando ni coches en la carretera, los oigo cantar. El padre de Aday no sale a sentarse a la sombra y a hablar del jefe y del fútbol como hacen los demás padres, como hacía el mío. Tan solo se asoma de vez en cuando a la puerta del jardín y mira a las chicas, a las mayores, mientras corren por el bordillo de la piscina fingiendo que no quieren que los chicos las atrapen.

Pero no, ni siquiera ellos son tan extraños como toda esta gente que ha aparecido de pronto en nuestra calle. Su ropa es muy vieja, fea y sucia. Casi todos van descalzos. Algunos llevan cadenas en las muñecas. No hacen ningún ruido. La calle está en silencio, y aun así me han despertado. He sentido que había alguien a unos pocos metros, al otro lado de la pared de mi habitación, del porche donde mamá guarda el coche y de la verja que nos separa de la calle. Cuando me he arrodillado

sobre la cama y me he asomado a la ventana, ahí estaban: arrastrándose en todas direcciones, girando en círculos, todos estos extraños.

¿De dónde han salido? El año pasado no estaban, de eso estoy segura. Pero tampoco los había visto este verano y ya llevamos tres semanas viviendo aquí. A lo mejor sí que han estado todo este tiempo, pero no me he dado cuenta porque duermo como un lirón, eso me decía papá. Tengo un poco de miedo. El corazón me late muy rápido, como cuando los mayores se sientan en círculo en el rincón más escondido del parque y cuentan historias de miedo. Por la noche, en la urbanización todo está a oscuras y solo se ve el fuego de sus cigarrillos, las sombras blancas de las farolas y los puntitos de las estrellas de plata. Huele a césped mojado por los aspersores, a las plantas de lavanda, a veces al carbón que chisporrotea en la barbacoa de algún vecino, a cloro, a las colonias y los desodorantes tan fuertes que usan los mayores y que me hacen arrugar la nariz. No se oye nada salvo voces a lo lejos y el coche de algún vecino que vuelve a casa a dormir. Los mayores cuentan que en una de las muchas urbanizaciones que rodean la nuestra vive una mujer que ahogó a su bebé en la laguna porque era deforme, un pequeño monstruito. Lo sujetó debajo del agua, entre los renacuajos y las cacas de pato y las colillas, y cuando dejó de moverse salió huyendo. Si paseas de noche por las calles que rodean las urbanizaciones, puedes toparte con su cuerpecito retorcido que se arrastra buscando la casa de su madre. También cuentan que una chica se mató en un accidente de coche en una curva de la carretera que baja del pico más alto de la montaña. Ahora hace autostop, y si paras a recogerla te dice que tengas cuidado y no te estampes contra un árbol como hizo ella. Después desaparece. Y está la historia de esa chica que colgaba el brazo por fuera de la cama para que su perro le lamiera los dedos y así sentirse a salvo mientras dormía. Una noche, cuando se levantó para hacer pis, se encontró al perro descuartizado colgando de la ducha,

y resulta que quien le chupaba los dedos era un psicópata asesino que se había escondido debajo de su cama. Las noches que los mayores cuentan historias de miedo sobre chicas a las que les pasan cosas horribles, cuando vuelvo a casa y me meto en la cama, no puedo pegar ojo. Siempre discuto con mamá para que me deje quedarme con ellos hasta más tarde, porque, aunque se me pone la piel de gallina, me encanta sentir ese gusanillo en mi estómago. Quiero escuchar más y temblar debajo de las sábanas y que me duela el pecho de lo deprisa que me va el corazón. Quiero saber qué es lo que pasa al final de la historia.

Así es como me hacen sentir los extraños que pasean por nuestra calle.

Debería salir a mirar. La puerta de la entrada tiene echadas las dos llaves. Si abro, el ruido de las cerraduras a lo mejor despierta a mamá y seguro que se enfada por verme levantada tan tarde. Desde la ventana de la cocina también se puede ver la calle. Ahí están. No lo he imaginado ni tampoco ha sido uno de esos sueños que siguen flotando cuando te despiertas. Caminan despacio como cuando no sabes adónde vas y miran en todas direcciones como cuando no encuentras algo. Creo que están perdidos. Si supiesen orientarse por el mapa de las estrellas, como hacía papá cuando subíamos de excursión a la montaña, entonces quizás podrían llegar al lugar que buscan. En la acera de enfrente se enciende la luz del porche de nuestro vecino Jaime, que tiene el pelo largo y un coche plateado que mamá dice que es carísimo. Abre la puerta y veo que lleva una bolsa de basura en la mano. Va a ir a los contenedores de reciclaje que están al lado de la entrada a la laguna. Se va a llevar un susto de muerte cuando vea a los extraños al otro lado del porche. Quiero gritarle: «¡Oye!, ¡no!, ¡cuidado con los extraños!», pero abre la puerta y empieza a caminar entre ellos como si nada, fumando un cigarrillo y arrastrando las chanclas. Los extraños le miran y se apartan para dejarle pasar.

Salgo corriendo hacia el dormitorio de mamá. Si la despierto porque hay unas personas raras en nuestra calle seguro que no se enfada. Siempre me dice que si algo me asusta corra a avisarla, aunque ella no sabe que a veces me gusta que me asusten. Mamá duerme debajo de la colcha. En el cabecero están las pastillas azules que le ayudan a dormir, las rosas que le ayudan a no llorar mucho, un despertador y una foto de papá. Antes no teníamos ninguna, pero ahora están por todas partes. Estamos en el zoo posando junto a los elefantes, en el jardín de esta casa, vestidos de chulapos en una fiesta del cole, debajo de la sombrilla en la casa de la playa de la tía Silvia... En algunas lleva ese parche que le pusieron en un ojo cuando se puso malo, esas fotos no me gustan nada. Mamá se ha dejado la tele encendida en un canal de cotilleos. Si avanzo algunos canales hasta el número 7 los mayores dicen que a partir de las doce echan sexo. Los chicos siempre lo ven y las chicas no, o eso dicen ellas. No quiero despertar a mamá, me gusta verla dormir, pero necesito saber si alguien más aparte de mí puede ver a los extraños de la calle. Si el vecino de enfrente no los ha visto, puede que mamá tampoco los vea. Entonces solo conseguiré preocuparla si le cuento que veo cosas que ella no puede ver. Quizás los adultos no los vean. Eso siempre pasa en los libros de mi colección de *Pesadillas*. Los padres nunca se enteran de nada hasta que ya es demasiado tarde y los gnomos de jardín diabólicos o la sangre verde de monstruo lo han destruido todo. Lo mejor será que vaya a buscar a los mayores de la urbanización, que siguen siendo niños, aunque se piensen que ya no lo son.

Atravieso el salón para salir al jardín. Se me escapa un grito cuando veo al abuelo Tomás sentado en el sillón. A veces se me olvida que vive con nosotras. «Abuelo, voy a salir un momento a la urba a buscar a una amiga. Mamá me deja», le digo. Él no me responde. La tele está encendida en La 2, pero no parece que la esté viendo. Tiene la mirada colgada del jarrón que hay sobre la repisa de la chimenea. Es ovalado, un poco

más grande que mi cabeza. Está hecho de porcelana blanca con líneas rosas y tiene dos asas y una tapa de color dorado. Dentro está papá. Afuera, giro la llave que siempre dejamos colgada de la puerta del jardín y salgo a la urbanización. La piscina está en silencio, casi del todo a oscuras. Un puñado de casas tienen la luz del jardín encendida. Alguien se ha dejado una hamaca olvidada debajo de una de las sombrillas. El agua azul oscuro de la piscina está muy quieta. Me gusta imaginar que, cuando se hace de noche, un monstruo marino reptaba dentro y se echaba a dormir sobre el fondo de azulejos.

No veo a los mayores por ningún lado, así que deben estar en el parque. Corro hacia el pasillo que conecta las dos zonas de la urbanización. El césped mojado me congela los pies porque no me he dado cuenta de coger las chanclas. Las baldosas de piedra del pasillo están aún más frías. De pronto, siento un cosquilleo en el cuello, como cuando alguien te observa tan fijamente que parece que sus ojos te estuviesen acariciando. Seguro que son los extraños. Habrán saltado el muro que separa la urbanización de la calle y ahora se estarán arrastrando en todas direcciones. Me giro y no veo a nadie, tan solo una esquina de la piscina. Oigo voces en el parque. Los mayores están allí, cuchicheando en algún rincón, como siempre. Quiero encontrar a Belén o a Mónica, que son las mayores con las que mejor me llevo, las más simpáticas y las más listas de todas, o al menos eso pienso yo. A veces me quedo a dormir en casa de Belén porque su madre y la mía se llevan muy bien, y comemos chucherías y vemos películas hasta que casi se hace de día. Mónica es la mayor de todos, este verano ha terminado el instituto y quiere ser abogada. Siempre me pinta las uñas de los pies de colores chillones cuando nos tumbamos todos los del grupo de la urba juntos, bajo la sombra del pino más grande de la piscina.

Por fin llego al parque. Los columpios parecen muy distintos a como se ven durante el día, más grandes y puntiagudos. Los oigo reír y susurrar, sus pisadas rápidas haciendo crujir la

arena, pero no puedo verlos. Siempre dicen que son mayores para esta clase de juegos, pero al final acaban jugando. Alguien me aprieta el hombro y vuelvo a soltar un grito. Carlos se lleva el dedo índice a los labios. Está inclinado sobre mí. Se le forma un hoyuelo en la barbilla siempre que sonrío. Es el más guapo de todos los mayores y Mónica dice que lo malo es que él lo sabe, aunque no entiendo bien a qué se refiere. «Estamos jugando al escondite», me dice Carlos. «Estoy buscando a Mónica o a Belén», le respondo yo. Me cuesta mirarle a sus ojos azul-piscina-de-día porque noto cómo me queman las mejillas. «Deberías estar en la cama», me dice él. «Necesito encontrar a Mónica o a Belén», repito. «Mónica se ha ido a su casa porque es una aguafiestas. Se estará poniendo hasta el culo de bollos y patatas fritas, como siempre». Carlos se ríe. El hoyuelo de su mentón es tan profundo como un pozo de los deseos. Me agarra la muñeca. «Pues a Belén», le digo. «Yo también la estoy buscando. Ahora la ligo yo. ¿La buscamos juntos?». No quiero estar tan cerca de él, pero me rodea la muñeca con más fuerza. Dentro de mi estómago el gusanillo se ha convertido en una mariposa enorme. Alguien pasa corriendo a nuestro lado. Carlos me suelta y caigo de culo sobre la arena. Jorge salta y grita: «¡Por mí y por todos mis compañeros!». «¡Serás cabrón!», dice Carlos enfadado, y da una patada al suelo. «No vale, me estaba distraendo la niñata esta». Jorge, que no me había visto, se acerca hasta mí y me agarra de las axilas para levantarme. «Venga, Sara, vete a casa, que es tarde». Me escondo detrás de él para que Carlos deje de mirarme. «Es que necesito encontrar a Belén», murmuro. «Creo que fue a esconderse a la piscina», dice Jorge.

Echo a correr. En el pasillo me cruzo con las mellizas. Solo me sacan dos años, pero ya son de las mayores porque por la noche se quedan hasta más tarde en el parque. Beben y fuman y Rocío es la novia nueva de Borja, que fue el novio de Mónica hace dos veranos. Marta, la melliza fea, así la llaman los chicos, me echa el humo en la cara cuando pasan a mi lado.

Visten a juego, con la parte de arriba de un bikini negro y una minifalda morada. Sus piernas están llenas de puntitos rojos. Es de depilarse, todas las chicas mayores tienen la piel así. Belén dice que dentro de poco yo también tendré que empezar a hacerlo. No me apetece porque todas se quejan siempre de lo mucho que duele, pero Belén dice que no me queda otra. «¡A dormir, enana!», me grita Marta. «¿Habéis visto a Belén?», les pregunto. Rocío señala con su cigarro en dirección a la piscina. Recorro el final del pasillo a la carrera. Estoy un poco mareada y tengo frío. Me duelen los pies. Quiero volver a casa y meterme en la cama. ¿Y si los extraños se han ido? Puede que ya hayan encontrado lo que fuese que estaban buscando. O quizás sí que me lo he imaginado todo... Pero no, estoy segura de que siguen ahí, al otro lado de las casas, rodeando la urbanización.

La zona de la piscina es aún más oscura que antes porque casi todas las casas han apagado las luces. Si Belén se ha escondido por aquí, solo puede ser en alguno de los pequeños pasillos que salen de las otras tres esquinas, los que acaban en las casas con jardín grande. Miro en uno de ellos y no la encuentro, tan solo veo al gato blanco con cascabel de la señora González, que se está lamiendo una pata tan a gusto, tumbado al fresco. Le digo «¡Pssst, gatito, gatito!», pero no me hace caso. Atravieso la piscina hacia otro de los pasillos, el que queda más cerca de mi casa. La oscuridad hace que el pasillo parezca muy largo, mucho más largo de lo que yo sé que es. Entro de puntillas. Mis pies descalzos sobre el césped son tan silenciosos como los del gato blanco, como los de los extraños. He visto algo moverse al fondo, junto a la puerta de la última casa. Una sombra más oscura que la oscuridad. Atrapa la luz que cae de las farolas y de la noche con estrellas sin luna. La sombra se mueve. Es más grande a medida que me acerco. Oigo una mezcla de gruñidos y susurros y un ruido como de palmadas. «¿Belén?», pregunto en voz baja. Mis pupilas se han hecho más grandes porque así ven mejor en la oscuridad. Los

veo. Belén está tumbada en el césped y Jonathan está tumbado encima de ella y ninguno de los dos tiene pantalones y Jonathan me está mirando y le quita la mano de la boca a Belén y ella grita: «¡Sara, lárgate!».

Mis piernas se transforman en tentáculos. Echan a correr sin que yo se lo haya pedido. Me hundo en el césped mojado. La piscina es un mar profundo y peligroso, el monstruo se está despertando, la superficie del agua tiembla. Mi casa está muy cerca, pero parece que no voy a llegar nunca. Sigo viendo un revoltijo de carne peluda, mojada, roja. «¡Sara, lárgate!». Me retumban los oídos. «¡Sara, ayúdame!». ¿Qué has dicho, Belén? No te he oído bien. ¿Qué estás haciendo? «Ya lo entenderás cuando seas mayor». Siempre me lo dice cuando no entiendo algo de una peli. Se encoge de hombros y mordisquea cerezas y ladrillos y patas de araña y sandías azucaradas. No lo dice orgullosa ni presumiendo por ser de las mayores, a mí siempre me parece triste.

Al abrir la puerta de un empujón, caigo de rodillas contra el suelo. Los cuerpos desnudos desaparecen y solo quedan la barbacoa, las sillas de plástico y las demás cosas de nuestro jardín. Al otro lado de la puerta de cristal veo al abuelo Tomás, que no se ha movido de la esquina del sofá. Él no va a ayudarme. Belén tampoco. Mamá necesita dormir. Entro en casa con las rodillas despellejadas. Si abro el jarrón de la chimenea a lo mejor el polvo gris se convierte otra vez en él. Ayúdame, papá. No sé qué hacer. Pero no toco el jarrón. Nunca lo he destapado, ni lo haré jamás, porque lo que hay dentro es una mentira. Es imposible que esto sea papá. Los paseos en su moto, las palomitas del cine, los minerales de los coleccionables del quiosco, la forma en que me pellizcan las mejillas sus compañeros de oficina, los pelos pelirrojos de su barba... Para que todo cupiese dentro, este estúpido y maldito jarrón debería ser más grande que el mundo entero.

Me entran ganas de llorar. Nadie va a ayudarme, tendré que hacerlo sola. Giro las cerraduras. Suenan como si una torre se

estuviese derrumbando. Me asomo a la habitación de mamá, sigue durmiendo. Salgo al porche y dejo la puerta entornada. A veces, cuando me despierto, me cuesta distinguir si estoy dentro de un sueño o si he vuelto a la vida real. Ahora sé bien que estoy despierta. Los extraños siguen aquí y son muy reales. Si los miras de cerca, en verdad no dan casi nada de miedo. La luz se rompe en polvo de estrellas al atravesar sus cuerpos delgaduchos. Inundan la calle como un río de agua fresca y brillante. Abro la cerradura del porche y salgo a la calle. Hay un corro de extraños junto a mi puerta. Son tres hombres: dos ancianos y uno joven, parece poco mayor que yo. Juegan a pasarse una pelota de tela golpeándola con las rodillas. Parecen divertirse, pero apenas sonríen. Quiero acercarme a ellos. Que sean extraños no significa que vayan a ser malos. Brillan como si estuvieran hechos de miles de pequeños diamantes. Una mano aparece delante de mi cara y me paro en seco, asustada. Un dedo retorcido señala hacia abajo, obedezco y agacho la cabeza. Hay una botella de cristal rota en pedazos junto a mis pies descalzos. Intento coger la mano de la mujer, pero mis dedos la atraviesan. Me sonrío. Su sonrisa se parece a la de mamá. Estoy segura de que también es la mamá de alguien. Es muy guapa, a pesar de los ojos oscuros y de los brazos huesudos y del agujero en mitad del estómago.

«Sabes que son fantasmas, ¿verdad?», dice una voz. Aday me espía escondida entre la madre selva que cae por encima de la verja del vecino. Sus ojos son pequeños y negros como los de un ratón. «¿Fantasmas?», repito. Ella asiente. «Lo sabes, ¿verdad?». Yo también asiento y le pregunto si alguien más puede verlos. Aday se encoge de hombros y sale de su escondite. Lleva uno de esos vestidos feos que se pisa al andar. Una mujer joven y gorda con abrigo de hombre pasa a nuestro lado y nos saluda con la cabeza. La miramos alejarse. «¿Por qué no los había visto hasta ahora?», pregunto. Aday me mira como si quisiera decirme algo, pero al final se muerde los labios y corre a esconderse otra vez entre la madre selva. Avanzo

hacia el centro de la carretera con cuidado de no pisar los cristales. Me deslizo entre los extraños y ellos se van apartando, como la corriente del río de la montaña cuando se topa con una piedra. La mayoría son hombres. Varios andan con muletas. A uno le falta un brazo. A otros dos, una pierna. Aquel... no tiene cabeza. «¿De dónde han salido?», le pregunto a Aday. «Están todos atrapados allí», responde. Está señalando hacia arriba, a mi espalda. Me giro. Estamos rodeados de montañas verdes y azules, como si fuesen olas. Sobre una de las colinas está la sombra de esa gigantesca cruz que nos sirve de guía cuando subimos en coche desde la ciudad. «¿Qué es, papá?», le preguntaba cada verano, asomándome desde el asiento de atrás. Él siempre tardaba en responder. Miraba a mamá y me decía: «Es complicado, peque. Te lo contaré cuando seas mayor». Me doy cuenta de que ya nunca va a contármelo. Ojalá él fuese un fantasma brillante en vez de un montón de polvo gris. Ojalá yo hubiese podido atraparlo igual que la cruz de piedra de la montaña ha atrapado a los extraños.

«No deberían seguir aquí. Tienen que irse y dejarnos en paz», dice Aday. De pronto me siento muy enfadada. Todo mi cuerpo se llena de fuego y chillido. «¡No! ¡Nunca van a marcharse! ¡Nunca!». Aday huye en dirección a su casa. Yo corro detrás de ella. Niña rara y estúpida. Quiero atraparla, insultarla, darle una bofetada, pero se me escapa. Cierra de un portazo y oigo cómo gira la llave. Cuando tiro del picaporte, la puerta no se mueve. Estiro los brazos para agarrarme a la parte de arriba del muro y, de un brinco, clavo los pies en el borde de un ladrillo y me asomo. En mitad del porche, rodeadas de montones de plantas muertas y jaulas oxidadas, dos chicas plateadas sacuden los brazos y entrechocan las palmas, tarareando en silencio una de esas cancioncillas que aprendemos las chicas en las piscinas, quemándonos la piel bajo el sol del verano.